

niñez recitaba yo, casi con devoción, esas estrofas que eran sollozos:

«La tímida ovejuela  
del pobre en la Parábola,  
necesitaba el rico  
que así me la quitó?  
Estaba solo el Cielo?  
Faltábale algún astro?  
Un ángel más hermoso  
necesitaba Dios?».

A pesar de que Jaramillo Córdoba llevaba una tumba en el alma, era dado a improvisar jocundamente, lo que sucedía con frecuencia, pues casi siempre andaba de carnaval en carnaval, esos carnavales del siglo pasado, alegres y jubilosos, que entonces llamaban «fiestas de plaza».

Estaba Jaramillo Córdoba en unas fiestas en Rionegro de Antioquia y entró con un compañero de jarana y bureo a una tasca cuya ventera poseía una de esas fealdades que cortan el hipo, cosa singular en aquella ciudad, que ha sido y es un semillero de mujeres hermosas.

Jaramillo Córdoba quedóse mirando a la ventera, asombrado de que una sola mujer pudiera sola con semejante fealdad, sin que nadie le ayudara, y le preguntó:

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—¿Para qué quería saberlo?—preguntó a su vez la gorgónica cantinera, que preveía una burla.